

4to encuentro de profesionales de la salud mental y de la
formación inicial y permanente de los presbíteros
“El impacto de la pandemia en la salud integral de los sacerdotes”

20 y 21 de agosto de 2020

9.00 a 11.00 vía Zoom

Vivir bajo amenaza: la experiencia de la pandemia

Ponencia por la Dra. Ruth María Ramasco

a. Nuestro “ahora”

¿Cuál es el “ahora” de nuestra vida? No el de diciembre o enero pasados; tampoco el de marzo o abril, cuando comenzábamos a convivir con la noticia avasallante del corona virus y sus consecuencias sobre nuestra vida privada y pública. El “ahora”, ese que cambia permanentemente.

Cuando esto comenzó, acuciados por noticias y medidas del gobierno, empezamos a deshabitar los modos corrientes de nuestros vínculos, a experimentar la fuerza de las restricciones, a sentir la lejanía de nuestros hábitos. Pero nuestra vida, en sus rasgos y expectativas corrientes, seguía siendo muy fuerte, muy presente, y seguía organizando nuestra conducta. La sentíamos obstaculizada, frustrada, pero permanecía siendo nuestro horizonte. Nuestra memoria nos llenaba de desasosiego y de pena, pero también guardaba nuestra vigorosa expectativa de futuro. En esa expectativa, lo anhelado era lo que habíamos vivido siempre. Casi todos nosotros, creo, sin temor a equivocarme, asumimos la rareza de nuestro modo nuevo de vivir, al modo de algo que ya estaba por terminar, en cualquier momento, dentro de unos días. Organizamos rutinas para el tiempo que atravesábamos. Tomamos decisiones y emprendimos actividades a las que suponíamos para un tiempo breve. Incluso nuestros enojos y nuestras molestias estaban atravesados por una impaciencia a corto plazo. Leímos, nos preguntamos, nos enojamos, nos angustiamos, pero lo hacíamos para un plazo que no tardaría en cumplirse, aunque nos pareciera eterno.

Nuestras casas cambiaron: algunas se vaciaron de presencias y desplegaron todos sus espacios vacíos; otras, se sobrepoblaron con los mismos habitantes de siempre, pero ahora realizando casi la totalidad de su vida entre sus paredes. Nuestros lugares de trabajo, para muchos, se volvieron espacios cerrados. O se trasladaron a nuestro hogar, con todas las dificultades de horarios extendidos y sin cortes, de consultas en todo momento, de las miradas trasladadas a celulares y pantallas de computadoras, de cuerpos convertidos en imágenes y voces. Nuestro mundo humano se alejó de nuestras manos: ya no estaba al alcance de brazos, ni de un cuerpo pegado a otro cuerpo en el abrazo; ni de la angustia escuchada en esa voz, sin necesidad de un micrófono encendido.

En medio del estupor, nos esforzamos en aprender modos virtuales de comunicación que, hasta ese momento, eran sólo una parte del amplio espectro de nuestra vida y su trama de relaciones. Los incorporamos a regañadientes, porque no podíamos imaginar sesiones de terapia de esa manera, conversaciones sobre la intimidad espiritual de ese modo, decisiones colectivas con esas dinámicas, la vida familiar sujeta a imágenes de pantallas. Nos resistimos o no, pero tuvimos que hacerlo, queriendo o sin querer.

Nuestras prácticas profesionales, esas que incluían los múltiples registros que nuestros cuerpos hacen y elaboran, esas que incluían la totalidad del cuerpo y no sólo rostros y voces, se detuvieron, echaron a andar por otros medios, buscaron silenciar ruidos cotidianos, experimentar los pedidos y angustias de los otros por medio de lo que era posible como proximidad. El ministerio sacerdotal, alejado de la vida sacramental de los suyos, con las parroquias cerradas, atravesado en muchos casos por el problema de la subsistencia sin más, comenzó a transitar esa difícil experiencia de sostener la fe de su comunidad, su esperanza, su caridad, haciéndose presente por los medios, no sin experimentar dilemas, cuestionamientos, diálogos difíciles, disensos y una a veces muy difícil experiencia de comunión. Tomar decisiones como obispos, con la adhesión o el rechazo o el cuestionamiento del presbiterio, fue también, sigue siendo una ardua tarea de comunión y de la autoridad como servicio.

Hemos dicho y escrito un montón de cosas sobre ese primer tiempo y lo que considerábamos o presuponíamos sobre lo que vendría. Esperábamos, tomábamos medidas, algunas incluso heroicas, sobre el corto plazo. Además, aprendíamos, con inmensa dificultad, a vivir sin un montón de seguridades. Pero, repito, ninguna de esas

presuposiciones lograba abandonar, hasta en el más duro de los enojos, la fuerza inmensa de nuestra experiencia habitual de realidad. Eso, de muchas maneras, ha cambiado.

Han pasado los meses y ese lento desplazamiento de los días ha transformado muchas cosas en cotidianas. Duras, difíciles, pero cotidianas. La virtualidad omnipresente (para los pagos, para la vida de las instituciones, para el trabajo, para los vínculos, para las acciones litúrgicas, para la vida apostólica, para la catequesis); la extrañeza y la nostalgia; la escasa posibilidad de desplazamiento; la vestimenta de entrecasa; la ausencia del murmullo, las voces, los ruidos y movimientos de las multitudes reunidas; la lejanía de los lugares conocidos... Lo queramos o no, lo digamos o no, muchas de estas cosas ya empiezan a ser parte de nuestra vida, puesto que están ahí, como presencia o ausencia tenaz en nuestros días.

El tenor de la espera ha cambiado. Se presenta de mil modos como cansancio y hasta agotamiento. Estamos agotados de esperar. Al principio, parecía como si tuviéramos que tomar, o las decisiones inmediatas para enfrentar la enfermedad, o como si pensáramos que estábamos en presencia de todo el problema. Pero la sucesión de los días nos ha mostrado que la espera es otra cosa: que transcurren, simplemente, los días y las noches; que tenemos épocas en las que nos concentramos en que llegue lo que anhelamos o lo que nos haga salir de la situación; que tenemos otras épocas abarrotadas de trabajo y actividades, pero a las que no sentimos completas ni logradas, porque la espera las abre y deja todo, en cierta manera, inconcluso; u otras en las que todo nos es insoportable (“el que espera, desespera”, dice el dicho) y no le encontramos hechura a lo que vivimos y hacemos. Esperar, en sentido humano, es tener abierta una puerta a la que no podemos cerrar. O hacer un montón de cosas en un umbral del que no logramos salir, con ninguna de esas mil cosas.

Esto es también lo que nos está ocurriendo: la espera se ha dilatado y la estamos recorriendo. No solos, que ya sería difícil; tampoco sólo con algunos: la recorreremos con todos. Y todos los movimientos de los hombres son como un vaivén peligroso que no sabemos si nos hará vivir o morir. En sentido estrictamente humano, este tiempo tiene la dificultad y la agonía de la espera. El primer capítulo de *La peste* de Albert Camus termina con el edicto municipal que manda: “Cierren las puertas de la ciudad”. Cuando las puertas

de nuestra vida se cierran, se abren para nosotros las puertas de la espera. La espera nos está cambiando.

b. Sentirnos amenazados

Podemos tener diversas opiniones, adhesiones y decisiones sobre la vida política. Podemos tener diversas interpretaciones sobre la vida eclesial. Sin embargo, en nuestra conciencia se ha abierto paso, por la fuerza de los números, por la fuerza de las noticias y de las restricciones, la vulnerabilidad de lo que somos. Vulnerables: somos capaces de ser heridos. No sólo en el talón, en el que el mundo griego dejó plasmada la herida del hombre en Aquiles. No sólo en esa pequeña marca de una hoja en la espalda, en la que la saga de Tristán e Isolda expresó nuestra indefensión. Todo nuestro cuerpo, toda nuestra vida, toda nuestra conciencia, toda nuestra historia. No sólo cuando somos niños y no podemos defendernos; no sólo cuando somos ancianos: siempre, hasta cuando nos sentimos más fuertes y vitales. O cuando nos sentimos poderosos. O cuando nuestra vida sostiene a la de otros o se intersecta con otras vidas para participar en la gestión de sus dificultades, sus dolores insoportables, sus temores ocultos y paralizantes. Incluso cuando nos hemos acostumbrados a poner fuera de foco nuestras vidas porque muchos otros la requieren.

En este tiempo, desde el comienzo del mismo, pero mucho más ahora, con la fuerza gravitacional de los contagios y la circulación del virus, la vulnerabilidad se ha inscripto en nuestro mundo interior y exterior como amenaza. La enfermedad nos amenaza, pero, más fuerte que eso, la herida nos amenaza. A todos, sin distinción. A todos los nuestros, también sin distinción. A todas nuestras actividades. A todas nuestras experiencias de comunidad. A esa gran armazón de cosas que constituye nuestras vidas. Lo familiar, lo cotidiano, se ha instituido como amenaza. Para algunos textos o corrientes de la Psicología, esto equivale a una inmensa institución de lo siniestro.

Lo que hace peligrar la vida de todos son nuestras manos, nuestras bocas y sus gotas de humedad, nuestra vestimenta y nuestros zapatos. Todo puede volverse vehículo. Y nuestros ojos no pueden evitar ver lo familiar, lo íntimo, lo acostumbrado, lo amado. Y, a la vez, sobre ello, transparentado por ello u oculto en ello, pero mil veces dicho en lo público, es todo eso lo que se vuelve amenaza. Nuestro amor, en lo que tiene de expresión,

de gestos y de cercanía, se ha vuelto también amenaza. A nadie le es fácil sentir así. Podemos desconfiar de noticias y números, podemos refugiarnos en narraciones de conspiraciones mundiales. Podemos descargar nuestra situación en repudio al gobierno, en acusación que busca inscribirnos en los males que conocemos y aceptamos más (la corrupción, el autoritarismo, el latrocinio). Pero lo duro, lo insoportablemente duro de este tiempo, si llevamos hacia lo más hondo de nosotros mismos, es esta situación de vida amenazada.

Es algo primario, ¿no es verdad? Algo en todos nosotros tiene esa sensación de vida amenazada. Experimentamos el miedo. Y está bien que sea así: no podemos privarnos del miedo. Es parte de nuestra sensación de realidad, es parte de nuestra experiencia con los seres humanos. No vale sólo respecto de la vida de cada uno, a la que podemos aceptar arriesgar y perder por nuestros amores y nuestras convicciones. Es el miedo a exponer a otros; es el miedo a exponer a la sociedad a la que pertenecemos, al mundo al que pertenecemos. Por ende, si debemos decir algo sobre este tiempo, es que, de diversas maneras hemos sentido el ramalazo del miedo. Miedo a enfermarnos, miedo a enfermar. Miedo a las decisiones inhumanas de los demás. Miedo a no ver nunca más a los que amamos y no poderlos despedir. Miedo a contagiar a nuestros ancianos, a contagiar a nuestros hijos, a nuestros nietos, aunque estos últimos no parezcan ser los más en riesgo. Pero la ausencia de riesgo no es absoluta para nadie. A veces, ponemos el malestar que nos produce el miedo en otros lugares: en el desprecio a los riesgos, en el enojo y hasta desprecio de las palabras públicas, en la obsesión loca con las medidas de higiene, en el tirar todo por la borda y salir adónde exista el mayor peligro; en la lucha heroica cotidiana; en la actividad frenética. A veces, logramos depositarlo en la oración, como un niño que lleva su llanto al regazo de su madre o se entrega, confiado, al abrazo del padre. A veces, lo transformamos en responsabilidad con los que amamos. A veces, se vuelve silencio. En algún rincón, cercano o accesible, desnudo o disfrazado, rumiado largamente y decidido, asumido desde la tarea y la profesión, grande o pequeño, está el miedo.

Y hay algo curioso con eso: nos hemos pasado la vida ayudando a enfrentar los miedos, a ponerles palabra, o a transformarlo en amor a los hombres y a Dios. Pero este tiempo, en nosotros o en otros, hemos conocido de nuevo los mil rostros del miedo. Y todo ha sido tan rápido, que hemos tenido que ponernos a resolver cosas, a implementar acciones, casi sin pensar mil veces en él. Es difícil, sobre todo cuando uno se ha

sobrepuesto ya a mil cosas en la vida, cuando uno ha transitado mil situaciones difíciles, animarse al miedo. Le ponemos coraje, simplemente; le ponemos nuestra profesión; le ponemos nuestra fe.

Yo sé que, a mí, y de ninguna manera quiero generalizar, el miedo no me está haciendo mal. Me han hecho mal en este tiempo mil cosas, me siguen haciendo mal, pero el miedo me ha permitido descubrir a quiénes amo más, qué es el soporte real de mi vida, a qué actividades no pertenezco. ¿Por qué? Porque el miedo me ha hecho sentir qué y a quiénes temo perder; qué y a quiénes no me importa perder. Me ha hecho sentir las armaduras con las que recubro mi vida; me ha permitido, me permite distinguir, aún en claroscuro, todas las tareas por las que doy cauce al amor —a veces, sin ninguna piedad con mi cansancio, mis límites, mis dolores— y el amor que aún necesito, la ternura que aún busca mi alma, la ternura que nuestra vida reclama en los momentos de extrema dureza. Algo que está también de muchos modos en *La peste*: ¿basta la lucha, incluso en los momentos en los que nos es imprescindible? ¿Podemos renunciar a la ternura? El miedo puede poner de manifiesto nuestros fantasmas y nuestras sombras, pero también puede mostrar los vacíos de nuestra vida, los pliegues duramente cosidos y ceñidos de nuestra alma.

La amenaza, la vida bajo amenaza, tiene algo peculiar. Es análoga a la espera: modifica hondamente nuestra vida, pero aquello que anuncia puede no llegar a cumplirse nunca. De ahí que, a veces, tenga un extraño tinte de irrealidad. La desconfianza está inscripta en la amenaza. No sólo hacia todo lo que puede hacernos daño: hacia el hecho mismo de que se justifique todo lo que hacemos para protegernos de ella. Nos preguntamos si vale la pena, si justifica tanta soledad, tanto cambio, todo lo que se pierde. Y, en caso de que fuera verdad, si puede detenerla una parte de la sociedad, mientras otra parte viola todas las medidas. Por eso, en muchos momentos, sobre todo cuando se prolonga, bajamos la guardia. Vivir bajo amenaza implica todo esto y mucho más.

c. Decidir y obrar en contextos de incertidumbre

Por muy alejadas de sus contextos, actividades y lugares habituales, nuestra profesión y nuestro ministerio han seguido sujetos a exigencias, a decisiones, a obras.

Procesos interrumpidos en las terapias individuales o en los grupos terapéuticos; consultas por celulares, aleatorias, hasta que nos decidimos a implementar la virtualidad como modo; los registros de la angustia, el desasosiego, la tensión profunda, sin contar con los variados registros de la totalidad del cuerpo. La soledad transformada en padecimiento profundo; los problemas de parejas y de familias, agravados tanto por la distancia como por el confinamiento obligado; los jóvenes sin pares, salvo en los medios; los niños sin espacios, sin su mundo fuera de casa, sujetos mil veces a la violencia; la imposibilidad de dar contención a personas con problemas graves o en momentos muy delicados; los problemas de desarrollo madurativo y sus procesos suspendidos; las personas con problemas de delicada y permanente atención, ahora todo el día en su casa. Y, por otra parte, un contexto que no termina de incorporar que la salud no es sólo un problema de padecimiento físico y no prevé la necesidad de atención psicológica.

Quienes son formadores de Seminarios, han tenido, tienen que asumir procesos de formación con los seminaristas de vuelta a su hogar, o, a la inversa, en el seminario, con preocupación por su familia. Mil veces los hemos visto divididos entre su familia y el seminario, sobre todo cuando se produce la enfermedad de algunos de los suyos, pero, ahora, con mucha mayor carga de angustia. Seguir los estudios en sus casas les ha sido muy difícil, mantener el ritmo de la vida de oración también. Algunos han aceptado las decisiones de sus formadores, otros han sentido un íntimo disgusto, cualquiera fuera ésta. La separación de la actividad apostólica también ha resultado muy dura. También muchos se han sentido cuestionados en lo que debían hacer como Iglesia y se han preguntado hacia dónde debía llevarlos la caridad, el sostén de la vida de fe de la comunidad, la atención de los que se encuentran en estado de vulnerabilidad. Una pregunta honda se ha levantado desde las entrañas de muchos jóvenes: ¿qué me pide hoy mi vida de fe? Las respuestas han sido variadas, muy variadas. Y los formadores, en medio de sus propias incertidumbres, han debido acompañar esos procesos y ahondar en los modos cómo les era posible tomar decisiones, escuchar, construir de nuevo la comunidad formativa y la autoridad responsable.

Porque de eso se trata: de acompañar procesos en tiempos de incertidumbres, de no poder estar a distancia de los padecimientos o cuestionamientos que escuchamos, puesto que también son los nuestros, de tomar decisiones así.

Muchos de los sacerdotes, formadores o no, experimentaron, después del impacto inicial, con el tiempo que corría, la profunda vulnerabilidad económica de su situación, no sólo personal, sino de sus parroquias y de los seminarios; muchos, también, la soledad de su vida o su aislamiento respecto de su cuerpo presbiteral. Sin la presencia continua de los fieles, sin la urgencia de todos los días, la soledad humana del ministerio gritó en muchas vidas con voces potentes. Muchos se preguntaron, se preguntan, hacia dónde debe dirigirse la transformación o la conversión de la Iglesia. Muchos salieron a las redes, para no dejar solos a los suyos y alcanzarles los misterios de la fe. Algunos redescubrieron la oración. Otros repartieron de nuevo, como por primera vez, incluso para sí mismos, el pan nuevo de la Palabra. Otros miraron asombrados, en la tenue contraluz del Misterio, el pan y el vino que consagraban, y su corazón quedó de nuevo conmovido y creyente, renovados en el agradecimiento por su consagración sacerdotal, que les permitía consagrarlos. Otros se hundieron, se siguen hundiendo. Su fe no resistió esta embestida. Alejados de la gente, su ministerio, que de mil maneras se había transformado ya hacía mucho en pura compañía humana a los hombres, su ministerio quedó desnudado en la fe que ya apenas conservaban. Vivir de Dios y su Misterio, y casi de nada más, se abrió como herida oculta en algunos.

Siempre, creo yo, acompañar vidas personales en su profundidad es caminar en un terreno incierto. La profesionalidad nos da horizontes, marcos y cuidados. La vida de fe y el sentido de misterio de los hombres, también. Pero este proceso, en su inestabilidad permanente, en la complejidad de sus factores, en la puesta en juego de la vida y de la muerte, no es cualquier decisión, no es cualquier incertidumbre. Hemos tomado decisiones y las hemos modificado, al ritmo de variaciones impredecibles. Todo posee un grado muy alto de imprevisión. Y, pensemos eclesial, política o económicamente como pensemos, nuestras decisiones tienen que ver con el riesgo de la vida y la muerte. Podemos decidir que eso no es verdad. Como queramos: lo mismo nuestras decisiones se inscriben allí. Estamos adentro de una situación global de amenaza, así como lo estamos ecológicamente, también sin pensarlo. Como esto tiene un ritmo acelerado, nos es fuertemente presente.

La incertidumbre, la exigencia de decidir y obrar a sabiendas de ésta, nos ha obligado a confrontar nuestras certezas y nuestras identidades, desnudas de muchos rasgos que antes nos resultaban insoslayables. ¿Dónde he depositado el nervio de mi

identidad? ¿Dónde el eje de mi ministerio episcopal o sacerdotal? ¿Dónde el eje de mi profesión? Como médico, como enfermero, como educador, como psicólogo... ¿dónde? No tengo que mirar lo que hubiera querido hacer: lo que hice, lo que defendí, aquellos a quienes me entregué, los modos que busqué, los dolores que tengo.

¿Cuáles han sido o son mis tierras firmes? ¿Cuáles han sido o siguen siendo mis vendavales? ¿A quiénes siento a la par? ¿De quiénes he podido hacerme cargo? ¿Qué necesitamos como acción comunitaria, para poder seguir cuidando la vida sacerdotal? ¿Qué nos ha sobrado? ¿Qué nos ha faltado en este tiempo?

No está siendo simple para nadie. Deshabitar las certezas; aprender a comunicarnos de otra forma; estar exiliados de nuestros modos de amar; tener los ojos alejados de tantos lugares; desandar el tacto de los demás en nuestro cuerpo; no saber qué ocurrirá, ni si nuestra vida común, la de los nuestros amados, la de nuestra sociedad y continente, la de toda la humanidad, logrará encontrar cauces económicos, políticos, salvíficos, en medio de esto o después de esto, es difícil para todos. No podemos pensar que basta esperar que pase: asumamos el impacto, lo volvamos exigencia de vida en común, de entrega honesta y humilde a lo que cada uno sabe hacer, de creatividad. Lo transformemos en una honda, insoslayable, vigorosa recreación de la fe, de la esperanza y de la caridad en la vida de la Iglesia y de su decisión de ofrecimiento salvífico a todo hombre. Dolerá, duele ya, no sabemos cuánto más hondo será. No sabemos si seremos desarmados más adentro: sólo sabemos que éste es nuestro ahora, que éste es nuestro hoy.

Vivámoslo así, bajo amenaza, en espera, en incertidumbre, dentro del riesgo. Con la posibilidad de pérdida inscripta en nuestra alma. Así, tal como de muchas maneras, viven los seres vulnerables la vida, la muerte, el amor.